

inminente ; por lo que a mí se refiere, voy derecho al infierno». Refiere el Cardenal que estaba tan ciego y endurecido aquel hombre, que pronunció aquellas palabras con la misma tranquilidad y frescura que si hubiese anunciado que se iba a pasar un buen rato con sus amigos. «Hijo mío — le dijo el Cardenal, profundamente apenado al ver que aquella alma iba realmente a bajar al infierno, — tened a bien pedir a Dios perdón de vuestros pecados, confesaos, y el Señor os perdonará». Aquel miserable le dijo que no había por qué perder el tiempo, pues no recordaba sus pecados ni quería recordarlos ; tiempo tendría de conocerlos y recordarlos en el infierno. En vano el cardenal le suplicó, le pidió encarecidamente que no quisiese perderse por toda una eternidad, cuando estaban aún en su mano los medios de ganar el cielo ; en vano le prometió que le ayudaría a satisfacer a la divina justicia, añadiendo que tenía la certeza de que Dios se apiadaría aún de él. Nada fué bastante a moverle, y murió sin dar señal alguna de arrepentimiento.

¡ Ay ! H. M., quien durante su vida no piensa en la muerte, pónese en gran peligro de no pensar jamás en ella, o bien de no querer reparar el mal sino cuando no haya ya remedio. ¡ Oh Dios mío ! ¡ cuántos pecados evitan en su vida, y de cuántos pesares se libran en la eternidad, aquellos que nunca pierden de vista el pensamiento de la muerte ! Refiere el mismo Cardenal que, yendo a visitar a un amigo suyo enfermo, víctima de sus desórdenes, quiso exhortarle a que se arrepintiese y confesase sus culpas, o a lo menos a que hiciese un acto de contrición. Mas el enfermo le contestó : «Padre mío, ¿ qué es eso de un acto de contrición ? nunca he oído hablar de tal cosa». En vano el Cardenal se esforzó en darle a entender que era un pesar de haber pecado, para que Dios nos perdone. — «Padre, dejadme, me estáis inquietando, dejadme tranquilo.» Y mu-

rió sin querer formular un acto de contrición, sumido en su endurecimiento y en su ceguera. ¡ Oh Dios mío ! ¡ qué desgracia la de una persona que ha perdido la fe ! ¡ Ay ! ¡ no le queda ya recurso alguno ! ¡ Ah ! H. M., cuán cierto es aquello de : Tal la vida, tal la muerte. ¡ Ay ! H. M., si aquel borracho reflexionase un poco sobre ese momento de la muerte, el cual debe dar fin a todas sus disoluciones y desórdenes ; momento en que su cuerpo será entregado a los gusanos, mientras su pobre alma irá a abrasarse en el infierno ; ¡ ah ! H. M., ¿ tendría valor para continuar en sus excesos ? Pero, no, cuando se lo hacen presente, ríese de ello ; no piensa en otra cosa que en divertirse, en dar satisfacción a su cuerpo, como si todo debiese acabar con él, dice el profeta Isaías.

¡ Ah ! H. M., el demonio pone gran cuidado en hacernos perder tal recuerdo, pues mejor que nosotros sabe cuán saludable sea para librarnos del pecado y conducirnos a Dios. Los santos, que tan a pechos tomaban la salvación de su alma, cuidaban de no perder jamás de vista dicho pensamiento. San Guillermo, arzobispo de Bourges, siempre que le era posible asistía a los entierros, a fin de penetrarse bien del pensamiento de la muerte. Y en su interior ponderaba cuán miserables somos al aficionarnos a una vida tan desdichada y llena de tales peligros que pueden perdernos por toda una eternidad (1). Hubo otro que permaneció en un bosque durante un año, para tener allí ocasión de prepararse a bien morir ; « puesto que, decía, al llegar la hora aquella, no es ya tiempo a propósito ». No hay duda que a dichos santos no les faltaba razón, H. M., puesto que todo depende de aquella hora, y no es raro el caso en que, esperando a pensar en la muerte cuando ella

---

(1) Véase Ribadencyra, 10 de enero.

venga a herirnos, nuestros buenos deseos resultan ya inútiles.

¡ Oh ! ¡ cuán poderoso es el pensamiento de la muerte para librarnos del pecado e inducirnos al bien !  
¡ Ay ! H. M., si aquel desgraciado que se está revolcando en el fango de la impureza, pensase seriamente en la hora de la muerte, en que su cuerpo, al que procura satisfacer con tanto cuidado, será entregado a la tierra para pudrirse allí, ¡ ah !, por poco que reflexionase sobre aquellos huesos secos y áridos amontonados en el cementerio ; por poco que se tomase la molestia de detenerse ante los sepulcros, para contemplar allí aquellos cadáveres hediondos y corrompidos, aquellos cráneos medio roídos por los gusanos, ¿ no se sentiría conmovido ante tal espectáculo ? ¿ Acaso podría pensar en otra cosa que en llorar sus pecados y su ceguera, si considerase el remordimiento que tendrá a la hora de la muerte por haber profanado un cuerpo que es « templo del Espíritu Santo, y cuyos miembros son miembros de Jesucristo » ? (1). ¿ Queréis saber, H. M., el desastroso fin del impúdico que no ha querido hacer memoria de la muerte durante su vida ? Refiere San Pedro Damián que cierto inglés, para lograr los medios encaminados a satisfacer su vergonzosa pasión, se entregó al demonio, con la condición de que tres días antes de morir se lo advertiría, contando que así le iba a quedar tiempo para convertirse. ¡ Ay ! ¡ cuán ciego es el hombre una vez engolfado en la culpa ! Así pues, cuando se hubo arrastrado, revolcado y sumido en el cenagal de sus impurezas, llegó la hora de su partida de este mundo. El demonio, con ser tan mentiroso, cumplió su palabra. Mas el inglés quedó muy engañado en su cuenta, pues sucedió que, con suma admiración y espanto

---

(1) I Cor., III, 16 ; VI, 19.

de cuantos lo presenciaron, apenas se le hablaba de su salvación, quedaba como dormido, y no daba respuesta alguna; mas, si se hablaba de negocios temporales, daba muestras de un pleno conocimiento; de manera que murió en medio de sus impurezas, tal como había vivido. Para darnos a entender su reprobación, permitió Dios que apareciesen en la cabecera de su cama unos grandes perros negros, en actitud de arrojarse sobre su presa; los cuales fueron también vistos sobre el sepulcro de aquel desgraciado, como si guardasen tan abominable depósito. ¡Ay! H. M., ¡cuántos ejemplos tan espantosos como éste podría yo citaros!...

Decidme, si aquel ambicioso pensase seriamente en la hora de la muerte, aquella hora que tan claramente le hará conocer la nada de las glorias humanas, ¿podría sustraerse a considerar el destino que le espera, cuando, sepultado en la tierra y hollado bajo las plantas de los viandantes, no le quede otro signo de su grandeza que esas pocas palabras: «Aquí descansa fulano»? ¡Oh Dios mío! ¡cuán ciego es el hombre! Leemos en la historia que hubo un cierto hombre el cual durante su vida entera anduvo totalmente distraído respecto al negocio de su salvación, pensando solamente en divertirse y en atesorar riquezas. Cuando se halló próximo a morir, hubo de reconocer su ceguera al no haber jamás procurado prepararse para una buena muerte. Entonces encargó que se pudiese en su sepulcro la siguiente inscripción: «Aquí descansa un insensato, que salió de este mundo sin saber por qué le había puesto Dios en él». Sí, H. M., si esos pecadores que desprecian las gracias que Dios les concede para romper con el pecado, pensasen que, llegada la hora de salir de este mundo, aquellas gracias les serán ya denegadas y que Dios, de quien huyeron, huirá a su vez de ellos y los dejará morir en medio de sus pecados; decidme, ¿tendrían ahora valor para



despreciar tantas y tantas gracias como Dios les ofrece para salvar su pobre alma?

¡ Ah ! H. M., ¡ cuántos pecados dejaríamos de cometer si pensásemos con frecuencia en la muerte ! Por esta razón el Espíritu Santo nos recomienda con insistencia que no olvidemos nunca nuestras postrimerías como medio de no pecar jamás (1). Tal pensamiento fué el que determinó la conversión de San Francisco de Borja. Cuando vivía aún en el mundo, hallóse en la corte de España a la sazón de la muerte de la emperatriz Isabel, esposa de Carlos V. Debiendo ser el cadáver enterrado en el sepulcro de sus antecesores, que estaba en Granada, se encomendó a Francisco de Borja la custodia y conducción de los despojos de la emperatriz hasta dicha ciudad. Al llegar a Granada, en cumplimiento del ceremonial, abrieron el ataúd que encerraba el cadáver. Francisco de Borja debía certificar ser aquél el mismo cuerpo que, a la salida se había colocado en el ataúd. Aquel rostro, que tan bello era en vida, apareció negro y medio corrompido ; los ojos estaban hundidos en sus órbitas ; el cuerpo despedía un hedor insoportable. Entonces dijo Francisco : « Sí, juro que éste es el cuerpo que fué depositado en el ataúd, y que es el de la princesa ; mas ahora está desconocido para mí ». Desde entonces, comenzó a reflexionar sobre la insignificancia y la nada de las humanas grandezas ; y formó el propósito de dejar el mundo para pensar solamente en la salvación del alma. « ¡ Ah !, decía, ¿ qué ha sido de la belleza de esta mujer, que era la más hermosa criatura del mundo ? ¡ Oh Dios mío ! ¡ cuán ciego es el hombre, al perder su alma para aficionarse a viles criaturas ! » ¡ Pensamiento feliz, H. M., el cual valió el cielo a aquel cortesano !

---

(1) Memorare novissima tua, et in aeternum non peccabis (Eccli., VII, 40).

¿Por qué, H. M., nos olvidamos de esa muerte, cuando su pensamiento nos tendría siempre dispuestos a bien morir? ¡Ay! nadie quiere pensar en ella, la gente se muere sin pensar en la muerte, mirámosla siempre como cosa lejana. El demonio no nos dice como a nuestros primeros padres: «No moriréis» (1); pues sería una tentación demasiado burda, y con ella a nadie engañaría; pero nos dice «no moriréis todavía»; y, con esta idea, dilatamos nuestra conversión para la última enfermedad, cuando no estaremos ya en disposición de hacer nada bueno. Por esto, H. M., la muerte ha sorprendido a tantos, y sorprenderá a otros muchos antes el mundo no acabe. Es, sin embargo, este pensamiento de la muerte lo que ha sacado a muchos del pecado; escuchad un conmovedor ejemplo de ello. Refiérese en la historia que hubo un joven y una joven que mantuvieron relaciones infames. Aconteció que, pasando aquel joven por un bosque, fué asesinado por unos malhechores. Un perro de su pertenencia, que le seguía, al ver muerto a su amo, corrió al encuentro de aquella desgraciada joven que con él tenía relaciones, y, tomando con la boca el extremo de su delantal, tiraba de él como indicando que le siguiese. Admirada de aquella insistencia, siguió al perrito, el cual la condujo hasta el lugar donde yacía su mancebo, y se detuvo junto a un montón de hojarasca. Removiendo la joven el montón, vió que yacía allí ensangrentado y destrozado el cadáver del joven: los ladrones le habían apuñalado. Entrando entonces en sí misma, rompió a llorar, diciéndose: «¡Ah! desgraciada, si esto te hubiese ocurrido a ti, ¿dónde estarías a estas horas? ¡ay! arderías ya en el infierno. ¡Tal vez este joven está ahora ardiendo en los abismos por tu culpa!... ¡Ah! desgraciada, ¿cómo has podido llevar una vida tan criminal?

---

(1) Gen., III, 4.

¡ Ah ! ¡ en qué estado se halla tu pobre alma !... ¡ Dios mío ! ¡ os doy gracias por no haberme destinado a servir de ejemplo a los demás ! » Aquella joven abandonó el mundo, para sepultarse por el resto de su vida en un monasterio, donde murió como una santa. ¡ Ah ! H. M., ¡ cuántos pecadores se han convertido ante ejemplos tales ! ¡ Oh Dios mío ! ¡ cuán duros e insensibles han de ser nuestros corazones para no conmoverse por nada, y vivir en el pecado, tal vez sin pensar en salir nunca de él !

¡ Ay ! H. M., mucho hemos de temer que, cuando queramos volver a Dios, no nos sea ya posible hacerlo ; el Señor, en castigo de nuestros pecados, nos habrá abandonado. Voy a mostraros esto con un ejemplo. Leemos en la historia (1) el caso de un hombre que por mucho tiempo vivió en el desorden. Después de haberse convertido, recayó nuevamente en sus anteriores pecados. Sus amigos, que lamentaban de veras su extravío, hicieron todo lo posible para volverle a Dios ; cada día prometía él complacerles, mas nunca lo cumplía. Anunciáronle que se celebraban Santos Ejercicios en una parroquia vecina ; que se preparase para asistir a ellos, pues irían a buscarle para acompañarle allí. El otro, que desde hacía mucho tiempo se burlaba de Dios y de los consejos de sus amigos, les respondió riendo que asistiría ; que no tenían más que ir a buscarle por la mañana del día en que los Ejercicios comenzasen, y partirían juntos. Sus amigos no dejaron de acudir, confiando volverle a Dios ; mas, al entrar, le hallaron tendido en medio de su casa : había fallecido aquella noche, de muerte repentina, sin haber tenido tiempo de confesarse ni de dar el menor signo de arrepentimiento. ¡ Ay ! H. M., ¿ dónde fué a parar aquella

---

(1) El Santo ha ya referido este episodio en otro sermón.

alma miserable, que tanto había despreciado las gracias que Dios le ofreciera?

II. — Hemos dicho que es muy útil pensar a menudo en la muerte: 1.º para con ello evitar el pecado, y expiar los que hemos tenido la desgracia de cometer, y 2.º para desprendernos de la afición a esta vida. Nos dice San Agustín que no debemos pensar sólo en la muerte de los mártires, para quienes, en virtud de una gracia admirable, la pena del pecado se convierte en instrumento de mérito, sino que hemos de pensar en la muerte de todos los hombres. Este pensamiento de la muerte sería para nosotros uno de los más eficaces medios de salvación, y uno de los más decisivos remedios para nuestros males, si supiésemos sacar el provecho que la divina misericordia tiene a bien procurarnos, junto con el castigo que su justicia exige de nosotros. Si estamos castigados a morir es porque hemos pecado (1); pero, para no volver a pecar, según nos dice el Espíritu Santo, nos bastaría pensar seriamente en la muerte (2).

Decimos, H. M., que el pensamiento de la muerte produce en nosotros tres efectos: 1.º nos induce a desprendernos del mundo; 2.º modera nuestras pasiones; 3.º nos anima a llevar una vida más santa. Si el mundo llega a engañarnos por algún tiempo, no durará ello mucho, pues es muy cierto que todas sus cosas poca fuerza tienen ante el pensamiento de la muerte. Si consideramos que dentro breves momentos nos habremos despedido ya de la vida ¡para no recobrarla jamás!... Quien tiene siempre a la muerte presente en su espíritu, no puede dejar de considerarse como un viajero sobre la tierra, en la que está sólo de paso, y abandona sin

(1) *Per unum hominem peccatum in hunc mundum intravit, et per peccatum mors* (Rom., V, 12).

(2) *Eccli., VII, 40.*



pesar alguno cuanto halla en el camino, pues se dirige hacia otro término y camina hacia otra patria. Tales fueron las disposiciones de San Jerónimo: viendo este santo que después de muerto no podría ya animar a sus discípulos con los ejemplos de secretas virtudes, quiso, al morir, dejarles estas santas instrucciones: «Hijos míos, les dijo, si queréis, como yo, no tener remordimiento ni tristeza en la hora de la muerte, acostumbrados a deshaceros de todo en vida. ¿Queréis, además, no abrigar temor alguno en aquel terrible momento? No os aficionéis a nada de lo que tendréis que dejar. Cuando uno se ha desengañado totalmente del mundo y de sus ilusiones, cuando se han despreciado sus bienes, sus falsas dulzuras y sus locas promesas; cuando no se cifra la felicidad en el goce de las criaturas, ninguna pena causa tener que separarse de ellas y dejarlas para siempre». ¡Oh dichoso estado, exclamaba aquel gran Santo, el del hombre, que, lleno de una justa confianza en Dios, no se halla retenido por afición alguna al mundo ni a los bienes de la tierra! Estas son las disposiciones, H. M., a que nos conduce el pensamiento de la muerte.

El segundo efecto que en nosotros produce el pensamiento de la muerte, es moderar nuestras pasiones. Sí, H. M., al sentirnos tentados, no tenemos más que pensar al momento en la muerte, y pronto sentiremos decaer la pasión: ésta era la práctica de los santos. Nos dice San Pablo que moría todos los días (1). Nuestro Señor Jesucristo, mientras estaba en la tierra, hablaba con frecuencia de su pasión (2). Santa María Egipciaca, al sentirse tentada, pensaba al momento en la muerte, y en seguida cesaba la tentación (3). San Jerónimo pro-

---

(1) Quotidie morior (I Cor., XV, 31).

(2) Matth., XVI, 21, etc.

(3) *Vida de los Padres del desierto*, t. V, San Zósimo, y Santa María Egipciaca.

curaba tanto no perder ese pensamiento como procuraba no perder la respiración. Refiérese en la «Vida de los Padres del desierto» que un solitario que había pasado buena parte de sus años en medio del gran mundo, al ser tocado de la gracia fué a sepultarse en un desierto. El demonio no dejó de recordarle aquella joven por la cual había sentido un amor criminal. Momentos antes de que ella muriese, Dios lo dió a conocer al joven aquel; el cual dejó al momento su soledad, y fué a verla: estaba ya a punto de ser depositada en la tierra; acercóse al ataúd, descubrióle el rostro y tomó con el pañuelo una postema que por la boca le salía. Hecho esto regresó a su soledad y, en cuanto se sentía tentado, tomaba aquel pañuelo y representándose en su memoria la hediondez de aquella criatura, decíase a sí mismo: «Insensato, he aquí el dulce favor del objeto que tanto amaste en daño de tu alma; si ahora no puedes sufrir el hedor procedente del cuerpo de aquella criatura, ¿cuál no fué tu locura al amarla en vida, en daño de tu salvación; pero cuánta tu ceguera si aun piensas en ella después de muerta!» Dice San Agustín que, cuando se sentía violentamente inducido al mal, la sola cosa que le detenía era pensar que un día había de morir y después de su muerte ser juzgado. «Cuando conversábamos con mi caro amigo Alipio acerca de lo que debía constituir el patrimonio de los buenos y el de los malos, yo le confesaba que, a pesar de cuanto pudieran decir los impíos, siempre había creído que, a la hora de la muerte, Dios nos exigirá cuenta de todo el mal que hayamos hecho durante nuestra vida» (1).

Refiérese en la historia de los Padres del desierto que cierto joven solitario decía a un anciano: «Padre mío, ¿qué debo hacer cuando me siento tentado, sobre todo contra la santa virtud de la pureza?» — «Hijo

---

(1) Conf., lib. VI, cap. XVI.

mío, le dijo el santo, piensa al momento en la muerte y en los tormentos reservados a los deshonestos en el infierno, y está seguro de que ese pensamiento alejará al demonio de tu lado». Nos dice San Juan Clímaco de un solitario que tenía siempre el pensamiento de la muerte grabado en su espíritu, y que, cuando el demonio le tentaba invitándole a una vida relajada, exclamaba: «¡Ah, desgraciado! vas a morir, y aun no has hecho nada digno de ser ofrecido a Dios». Sí, H. M., el que quiera salvar su alma, nunca debe abandonar el pensamiento de la muerte.

Además, el pensamiento de la muerte nos sugiere piadosas reflexiones: nos pone delante de los ojos toda nuestra vida; y entonces pensamos que todo aquello que nos regocija según el mundo durante nuestra vida, nos hará derramar lágrimas en la hora de la muerte; nuestros pecados, que nunca deben borrárenos de la memoria, son otras tantas serpientes que nos devoran; el tiempo que perdimos, las gracias que despreciamos: todo ello se nos representará a la hora de la muerte. Y al considerar esto, es imposible que dejemos de encaminar todos nuestros esfuerzos a vivir mejor y a dejar de obrar el mal. Refiérese que un moribundo, antes de exhalar su último suspiro, hizo llamar a su príncipe, a cuya persona había sido muy fiel durante muchos años. El príncipe acudió solícito y le dijo: «Pídeme lo que quieras, y está seguro que lo tendrás». — «Príncipe, le dijo aquel pobre moribundo, sólo una cosa tengo que pedir y es un cuarto de hora de vida». — «Ay, amigo mío, contestó el príncipe, esto no está en mis manos; pídemme cualquiera otra cosa, a fin de que te la pueda conceder». — «¡Ay! exclamó el enfermo, si hubiese servido a Dios tan fielmente como os he servido a vos, no sólo tendría un cuarto de hora de vida, sino toda una eternidad». Los mismos remordimientos sentía un hombre de leyes, cuando estuvo a punto de salir

de esta vida y vió que aun no había pensado en salvar su alma : «¡ Ah ! insensato de mí, yo que tanto he escrito para el mundo, nada escribí para mi alma ; debo morir y nada he hecho aún que pueda darme seguridad alguna, mas ahora no hay ya remedio ; nada hallo en mi vida digno de ser ofrecido a Dios». Feliz él, H. M., si a lo menos se aprovechó de esto, es decir, de sus buenos sentimientos.

3.º Ved cuáles son las reflexiones que el pensamiento de la muerte debe sugerirnos : Si somos negligentes en prepararnos para la muerte, durante toda la eternidad estaremos apartados de la compañía de Jesucristo, de la Santísima Virgen, de los ángeles y de los santos, y nos veremos forzados a pasar toda nuestra eternidad en compañía de los demonios y abrasarnos con ellos. Leemos en la vida de San Jerónimo, a quien una larga experiencia tan sabio hiciera en la ciencia de la salvación, que, estando el Santo en su lecho de muerte, sus discípulos le suplicaron que les dejase, como por testamento, aquella de entre todas las verdades cristianas de que estaba más persuadido. ¿ Qué pensáis, H. M., les respondió el santo doctor ? « Voy a morir, les dijo, el alma está ya al borde de mis labios ; mas os declaro que, de todas las verdades de la moral cristiana, aquella de que estoy más convencido, es la de que apenas, entre cien mil personas que hayan vivido mal, se hallará una que tenga buena muerte y se salve, puesto que, para bien morir, es preciso pensar en aquel trance todos los días de nuestra vida. Y no creáis que estas ideas sean efecto de mi enfermedad ; hablo de ello por una experiencia de más de sesenta años. Sí, hijos míos, entre cien mil personas que hayan vivido mal, apenas habrá una que tenga buena muerte. ¡ No, hijos míos, nada nos inclinará tan eficazmente a vivir bien como el pensamiento de la muerte ! »

¿ Qué hemos de sacar de todo esto ? Vedlo aquí,



H. M. : si pensamos a menudo en la muerte, pondremos gran cuidado en conservar la gracia de Dios; si por desdicha perdiésemos esta gracia, nos daremos prisa a recobrarla, perderemos nuestra afición a los bienes y placeres del mundo, soportaremos las miserias de la vida con espíritu de penitencia y reconoceremos que Nuestro Señor es quien nos la envía para expiación de nuestros pecados. ¡ Ay !, hemos de decir para nosotros mismos, estoy corriendo a grandes pasos hacia la eternidad, dentro poco tiempo ya no seré de este mundo... Después de esta vida, ¿dónde iré a pasar mi eternidad?... ¿iré al cielo o al infierno?... Eso dependerá de la vida que haya llevado; así, joven o viejo, pensaré con frecuencia en la muerte, a fin de prepararme a ella con tiempo.

¡ Dichoso, H. M., el que esté siempre dispuesto !  
¡ Esta es la gracia que os deseo !...

# DOMINGO DÉCIMOSEXTO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

## SOBRE LA HUMILDAD

*Omnis qui se exaltat, humiliabitur, et qui se humiliat, exaltabitur.*

Aquel que se exalta, será humillado, y aquel que se humilla será exaltado.

(S. Lucas, XVIII, 14.)

¿Podía manifestarnos de una manera más evidente, nuestro divino Salvador, la necesidad de humillarnos, esto es, de formar bajo concepto de nosotros mismos, ya en nuestros pensamientos, ya en nuestras palabras, ya en nuestras acciones, como condición indispensable para ir a cantar las divinas alabanzas por toda una eternidad? — Hallándose un día en compañía de otras personas y viendo que algunos se alababan del bien por ellos obrado y despreciaban a los demás, Jesucristo les propuso esta parábola, la cual tiene todas las apariencias de una verdadera historia. «Dos hombres, dijo, subieron al templo a orar; uno de ellos era fariseo, y el otro publicano. El fariseo permanecía en pie, y hablaba a Dios de esta manera: «Os doy gracias, Dios mío, porque no soy como los demás hombres, que son ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano: ayuno dos veces por semana, pago el diezmo de cuanto poseo». Tal era su oración, nos dice San Agustín (1). Bien

---

(1) Serm. CXV, cap. 2, in illud Lucac.

veis que ella no es más que una afectación llena de orgullo y vanidad; el fariseo no viene para orar ante Dios, ni para darle gracias; sino para alabarse a sí propio y aun para insultar a aquel que realmente ora. El publicano, por el contrario, apartado del altar, sin atreverse ni siquiera a elevar al cielo su mirada, golpeaba su pecho diciendo: «Dios mío, tened piedad de mí, que soy un miserable pecador». — «Habéis de saber, añade Jesucristo, que éste regresó justificado a su casa, mas no el otro». Al publicano le fueron perdonados sus pecados, mientras que el fariseo, con todas sus pretendidas virtudes, volvió a su casa más criminal que antes. Y la razón de ello es ésta: la humildad del publicano, aunque pecador, fué más agradable a Dios que todas las buenas obras del fariseo, mezcladas de orgullo (1). Y Jesucristo saca de aquí la consecuencia de que «el que quiera exaltarse será humillado, y el que se humille será exaltado». Desengañémonos, H. M., esta es la regla; la ley es general, nuestro divino Maestro es quien la ha publicado. «Aunque remontes tu cabeza hasta el cielo, de allí te arrojaré» (2), dice el Señor. Sí, H. M., el único camino que conduce a la exaltación provechosa para la otra vida, es la humildad (3). Sin esta bella y preciosa virtud de la humildad, no entraréis en el cielo; será como si os faltase el bautismo (4). De aquí podéis ya colegir, H. M., la obligación que tenemos de humillarnos, y los motivos que a ello deben impulsarnos. Voy pues ahora, H. M., a mostraros: 1.º Que la humildad es una virtud absolutamente necesaria para que nuestras acciones sean agradables a Dios y premiadas en la otra vida; 2.º Tenemos gran-

(1) Respexit in orationem humilium, et non sprexit precem eorum (Ps. CI, 18).

(2) Ier., XLIX, 16.

(3) Gloriam praecedat humilitas (Prov., XV, 33).

(4) Matth., XVIII, 3.

des motivos para practicarla, sea mirando a Dios, sea mirando a nosotros mismos.

I. — Antes de haceros comprender, H. M., la necesidad de esta hermosa virtud, para nosotros tan necesaria como el Bautismo después del pecado original; tan necesaria, digo yo, como el sacramento de la Penitencia después del pecado mortal, debo primero exponeros en qué consiste una tal virtud, que tanto mérito atribuye a nuestras buenas obras, y que tan prodigamente enriquece nuestros actos. San Bernardo, aquel gran santo que de una manera tan extraordinaria la practicó, que abandonó las riquezas, los placeres, los parientes y los amigos para ir a pasar su vida en las selvas, entre las bestias fieras, a fin de llorar allí sus pecados, nos dice que la humildad es una virtud por la cual nos conocemos a nosotros mismos y, mediante esto, nos sentimos llevados a despreciar nuestra propia persona y a no hallar placer en ninguna alabanza que de nosotros se haga (1).

Digo: 1.º que esta virtud nos es absolutamente necesaria, si queremos que nuestras obras sean premiadas en el cielo; puesto que el mismo Jesucristo nos dice que tan imposible nos es salvarnos sin la humildad como sin el Bautismo. Dice San Agustín: «Si me preguntáis cuál es la primera virtud de un cristiano, os responderé que es la humildad; si me preguntáis cuál es la segunda, os contestaré que es la humildad; si volvéis a preguntarme cuál es la tercera, os contestaré aún que es la humildad; y cuantas veces me hagáis esta pregunta, os haré la misma respuesta» (2).

Si el orgullo engendra todos los pecados (3), pode-

---

(1) *De gradibus humilitatis et superbiae*, cap. I.

(2) *Epist. CXVIII ad Dioscorum*, cap. III, 22.

(3) *Initium omnis peccati est superbia* (Eccli., X, 15).



mos también decir que la humildad engendra todas las virtudes (1). Con la humildad tendréis todo cuanto os hace falta para agradar a Dios y salvar vuestra alma ; mas sin ella, aun poseyendo todas las demás virtudes, será cual si no tuvieseis nada. Lecmos en el santo Evangelio (2) que algunas madres presentaban sus hijos a Jesucristo para que les diese su bendición. Los apóstoles las hacían retirar, mas Nuestro Señor desaprobó aquella conducta, diciendo : «Dejad que los niños vengan a Mí ; pues de ellos y de los que se les asemejan, es el reino de los cielos». Los abrazaba y les daba su santa bendición. ¿A qué viene esa buena acogida del divino Salvador ? Porque los niños son sencillos, humildes y sin malicia. Asimismo, H. M., si queremos ser bien recibidos de Jesucristo, es preciso que nos mostremos sencillos y humildes en todos nuestro actos. «Esta hermosa virtud, dice San Bernardo, fué la causa de que el Padre Eterno mirase a la Santísima Virgen con complacencia ; y si la virginidad atrajo las miradas divinas, su humildad fué la causa de que concibiese en su seno al Hijo de Dios. Si la Santísima Virgen es la Reina de las Vírgenes, es también la Reina de los humildes» (3). Preguntaba un día Santa Teresa al Señor por qué, en otro tiempo, el Espíritu Santo se comunicaba con tanta facilidad a los personajes del Antiguo Testamento, patriarcas o profetas, declarándoles sus secretos, cosa que no hace al presente. El Señor le respondió que ello era porque aquéllos eran más sencillos y humildes, mientras que en la actualidad los hombres tienen el corazón doble y están llenos de orgullo y vanidad. Dios no comunica con ellos ni los ama como amaba a aquellos buenos patriarcas y profetas, tan simples y humildes.

---

(1) Véase Rodríguez. *Tratado de la humildad*, cap. III.

(2) Matth., XIX, 13.

(3) Hom. 1.<sup>a</sup> super Missus est, 5.

Nos dice San Agustín : «Si os humilláis profundamente, si reconocéis vuestra nada y vuestra falta de méritos, Dios os dará gracias en abundancia ; mas, si queréis exaltaros y teneros en algo, se alejará de vosotros y os abandonará en vuestra pobreza».

Nuestro Señor Jesucristo, para darnos a entender que la humildad es la más bella y la más preciosa de todas las virtudes, comienza a enumerar las bienaventuranzas por la humildad, diciendo : «Bienaventurados los pobres de espíritu, pues de ellos es el reino de los cielos». Nos dice San Agustín que esos pobres de espíritu son aquellos que tienen la humildad por herencia (1). Dijo a Dios el profeta Isaías : «Señor, ¿sobre quiénes descende el Espíritu Santo? acaso sobre aquellos que gozan de gran reputación en el mundo, o sobre los orgullosos? — No, dijo el Señor, sino sobre aquel que tiene un corazón humilde» (1).

Esta virtud no solamente nos hace agradables a Dios, sino también a los hombres. Todo el mundo la ama a una persona humilde, todos se deleitan en su compañía. ¿De dónde viene, en efecto, que por lo común los niños son amados de todos, sino de que son sencillos y humildes? La persona que es humilde cede siempre, no contraría jamás a nadie, no causa enfado a nadie, conténtase de todo y busca siempre ocultarse a los ojos del mundo. Admirable ejemplo de esto nos lo ofrece San Hilarión. Refiere San Jerónimo que este gran Santo era solicitado de los emperadores, de los reyes y de los príncipes, y atraía hacia el desierto a las muchedumbres por el olor de su santidad, por la fama y renombre de sus milagros ; mas él se escondía y huía del mundo cuanto le era posible. Frecuentemente cambiaba de celda, a fin de vivir oculto y desconocido ;

---

(1) Serm. LIII, in illud Matth. *Beati pauperes spiritu*

(2) Is., LXVI, 2.

lloraba continuamente a la vista de aquella multitud de religiosos y de gente que acudían a él para que les curase sus males. Echando de menos su pasada soledad, decía, llorando: «He vuelto otra vez al mundo, mi recompensa será sólo en esta vida, pues todos me miran ya como persona de consideración». «Y nada tan admirable, nos dice San Jerónimo, como el hallarle tan humilde en medio de los muchos honores que se le tributaban. Habiendo corrido el rumor de que iba a retirarse a lo más hondo del desierto donde nadie pudiese verle, interpusiéronse veinte mil hombres para atajarle el paso; mas el Santo les dijo que no tomaría alimento hasta que le dejaran libre. Persistieron ellos durante siete días, pero, viendo que no comía nada... Huyó entonces a lo más apartado del desierto, donde se entregó a todo cuanto el amor de Dios pudo inspirarle. Sólo entonces creyó que comenzaba a servir a Dios» (1). Decidme, H. M., ¿es esto humildad y desprecio de sí mismo? ¡Ay! ¡cuán raras son estas virtudes! ¡mas también cuánto escasean los santos! En la misma medida que se aborrece a un orgulloso, se aprecia a un humilde, puesto que éste toma siempre para sí el último lugar, respeta a todo el mundo, y ama también a todos; esta es la causa de que sea tan buscada la compañía de las personas que están adornadas de tan bellas cualidades.

2.º Digo que la humildad es el fundamento de todas las demás virtudes (2). Quien desee servir a Dios y salvar su alma, debe comenzar por practicar esta virtud en toda su extensión. Sin ella nuestra devoción será como un montón de paja que habremos levantado muy voluminoso, pero al primer embate de los vientos que-

(1) *Vida de los Padres del desierto*, t. V, p. 191-194.

(2) Cogitas magnam fabricam construere celsitudinis? de fundamento prius cogita humilitatis (S. Agust., *Serm. in Matth.*, cap. XI).

da derribado y deshecho. Sí, H. M., el demonio teme muy poco esas devociones que no están fundadas en la humildad, pues sabe muy bien que podrá echarlas al traste cuando le plazca. Lo cual vemos aconteció a aquel solitario que llegó hasta a caminar sobre carbones encendidos sin quemarse ; pero, falto de humildad, al poco tiempo cayó en los más deplorables excesos (1). Si no tenéis humildad, podéis decir que no tenéis nada, a la primera tentación seréis derribados. Refiérese en la vida de San Antonio (2) que Dios le hizo ver el mundo sembrado de lazos que el demonio tenía parados para hacer caer a los hombres en pecado. Quedó de ello tan sorprendido, que su cuerpo temblaba cual la hoja de un árbol, y dirigiéndose a Dios, le dijo : « ¡ Ay ! Señor, ¿ quién podrá escapar de tantos lazos ? » Y oyó una voz que le dijo : « Antonio, el que sea humilde ; pues Dios da a los humildes la gracia necesaria para que puedan resistir a las tentaciones ; mientras permite que el demonio se divierta con los orgullosos, los cuales caerán en pecado en cuanto sobrevenga la ocasión. Mas a las personas humildes el demonio no se atreve a atacarlas ». Al verse tentado San Antonio, no hacía otra cosa que humillarse profundamente ante Dios, diciendo : « ¡ Ay, Señor, bien sabéis que no soy más que un miserable pecador ! » Y al momento el demonio emprendía la fuga.

Cuando nos sintamos tentados, H. M., mantenámonos escondidos bajo el velo de la humildad y veremos cuán escasa sea la fuerza que el demonio tiene sobre nosotros. Leemos en la vida de San Macario que, habiendo un día salido de su celda en busca de hojas de palma, apareciósele el demonio con espantoso furor, amenazando herirle ; mas, viendo que le

---

(1) *Vida de los Padres del desierto*, t. 1.º pág. 256.

(2) *Ibid.*, pág. 52.



era imposible porque Dios no le había dado poder para ello, exclamó : «¡ Oh Macario, cuánto me haces sufrir ! no tengo facultad para maltratarte, aunque cumpla más perfectamente que tú lo que tú practicas : pues tú ayunas algunos días, y yo no como nunca ; tú pasas algunas noches en vela, yo no duermo nunca. Sólo hay una cosa en la cual ciertamente me aventajas ». San Macario le preguntó cuál era aquella cosa. — «Es la humildad». El Santo postróse, la faz en tierra, pidió a Dios no le dejase sucumbir a la tentación, y al momento el demonio emprendió la fuga (1). ¡ Oh, H. M. ! ¡ cuán agradables nos hace a Dios esta virtud, y cuán poderosa es para ahuyentar el demonio ! ¡ Pero también cuán rara ! lo cual claramente se ve con sólo considerar el escaso número de cristianos que resisten al demonio cuando son tentados.

Y para desengañaros, para ver que no la habéis poseído nunca, H. M., fijaos sólo en un detalle bien sencillo. No, H. M., no son todas las palabras, todas las manifestaciones de desprecio de sí mismo lo que nos prueba que tenemos humildad. Voy a citaros ahora un ejemplo, el cual os probará lo poco que valen las palabras. Hallamos en la «Vida de los Padres del desierto» que, habiendo venido un solitario a visitar a San Serapio (2), no quiso acompañarle en sus oraciones, porque, decía, he cometido tantos pecados que soy indigno de ello, ni me atrevo a respirar aquí donde vos estáis. Permanecería sentado en el suelo por no atreverse a ocupar el mismo asiento que San Serapio. Este Santo, siguiendo la costumbre entonces muy común, quiso lavarle los pies, y aún fué mayor la resistencia del solitario. Veis aquí una humildad que, según los humanos juicios, tiene todas las apariencias de sincera ; mas ahora vais también

(1) *Vida de los Padres del desierto*, t. II, p. 358. S. Macario de Egipto.

(2) *Ibid.*, p. 417.

a ver en qué paró. San Serapio se limitó a decirle, a manera de aviso espiritual, que tal vez haría mejor permaneciendo en su soledad, trabajando para vivir, que no corriendo de celda en celda como un vagabundo. Ante este aviso, el solitario no supo ya disimular la falsedad de su virtud; enojóse en gran manera contra el Santo y se marchó. Al ver esto, le dijo aquél: «¡ Ah ! hijo mío, ¡ me decíais hace un momento que habíais cometido todos los crímenes imaginables, que no os atrevíais a rezar ni a comer conmigo, y ahora, por una sencilla advertencia que nada tiene de ofensiva, os dejáis llevar del enojo ! Vamos, hijo mío, vuestra virtud y todas las buenas obras que practicáis, están desprovistas de la mejor de las cualidades, que es la humildad ».

Por este ejemplo podéis ver cuán rara es la verdadera humildad. ¡ Ay ! cuánto abundan los que, mientras se los alaba, se los lisonjea, o a lo menos, se les manifiesta estimación, son todo fuego en sus prácticas de piedad, lo darían todo, se despojarían de todo ; mas una leve reprensión, un gesto de indiferencia, llena de amargura su corazón, los atormenta, les arranca lágrimas de sus ojos, los pone de mal humor, los induce a mil juicios temerarios, pensando que son tratados injustamente, que no es éste el trato que se da a los demás. ¡ Ay ! ¡ cuán rara es esta hermosa virtud entre los cristianos de nuestros días ! ¡ cuántas virtudes tienen sólo la apariencia de tales, y a la primera prueba viénense abajo !

Pero ¿ en qué consiste la humildad ? Vedlo aquí : ante todo os diré que hay dos clases de humildad, la interior y la exterior. La *exterior* consiste : 1.º en no alabarse del éxito de alguna acción por nosotros practicada, en no relatarla al primero que nos quiera oír ; en no divulgar nuestros golpes audaces, los viajes que hicimos, nuestras mañas o habilidades, ni lo que de nosotros se dice favorable ; 2.º, en ocultar el bien que

podemos haber hecho, como son las limosnas, las oraciones, las penitencias, los favores hechos al prójimo, las gracias interiores de Dios recibidas; 3.º, en no complacernos en las alabanzas que se nos dirigen; para lo cual deberemos procurar cambiar de conversación, y atribuir a Dios todo el éxito de nuestras empresas; o bien deberemos dar a entender que el hablar de ello nos disgusta, o marcharnos, si nos es posible. 4.º Nunca deberemos hablar ni bien ni mal de nosotros mismos. Muchos tienen por costumbre hablar mal de sí mismos, para que se los alabe: esto es una falsa humildad a la que podemos llamar humildad *con anzuelo*. No habléis nunca de vosotros, contentaos con pensar que sois unos miserables, que es necesaria toda la caridad de un Dios para soportaros sobre la tierra. 5.º Nunca se debe disputar con los iguales; en todo cuanto no sea contrario a la conciencia, debemos siempre ceder; no hemos de figurarnos que nos asiste siempre el derecho; aunque louviésemos, hemos de pensar al momento que también podríamos equivocarnos, como tantas veces ha sucedido; y, sobre todo, no hemos de tener la pertinacia de ser los últimos en hablar en la discusión, ya que ello revela un espíritu repleto de orgullo. 6.º Nunca hemos de mostrar tristeza cuando nos parece ser despreciados, ni tampoco ir a contar a los demás nuestras cuitas; esto daría a entender que estamos faltos de toda humildad, pues, de lo contrario, nunca nos sentiríamos bastante rebajados, ya que jamás se nos tratará cual nuestras culpas tienen merecido; lejos de entristecernos, debemos dar gracias a Dios, a semejanza del santo rey David, quien volvía bien por mal (1), pensando cuánto había él también despreciado a Dios con sus pecados. 7.º Debemos estar contentos al vernos despreciados, siguiendo el ejemplo de Jesucristo, de quien se dijo que

---

(1) Ps. VII, 5.

se «vería harto de oprobios» (1), y el de los apóstoles, de quienes se ha escrito (2) «que experimentaban una grande alegría porque habían sido hallados dignos de sufrir ignominia por amor de Jesucristo»; todo lo cual constituirá nuestra mayor dicha y nuestra más firme esperanza en la hora de la muerte. 8.º Cuando hemos cometido algo que pueda sernos echado en cara, no debemos excusar nuestra culpa; ni con rodeos, ni con mentiras, ni con el gesto debemos dar lugar a pensar que no lo cometimos nosotros. Aunque fuésemos acusados falsamente, mientras la gloria de Dios no sufra menoscabo, deberíamos callar. Ved lo que sucedió a aquella joven que fué conocida con el nombre de hermano Marín... ¡Ay! ¿quién de nosotros se habría sometido a semejantes pruebas sin justificarse, cuando tan fácilmente podía hacerlo? 9.º Esta humildad consiste en practicar aquello que más nos desagrada, lo que los demás no quieren hacer, y en complacerse en vestir con sencillez.

En esto consiste, H. M., la humildad exterior. Mas ¿en qué consiste la *interior*? Vedlo aquí. Consiste: 1.º, en sentir bajamente de sí mismo; en no aplaudirse jamás en lo íntimo de su corazón al ver coronadas por el éxito las acciones realizadas; en creerse siempre indigno e incapaz de toda buena obra, fundándose en las palabras del mismo Jesucristo cuando nos dice que sin Él nada bueno podemos realizar (3), pues ni tan sólo una palabra, como por ejemplo «Jesús», podemos pronunciar sin el auxilio del Espíritu Santo (4). 2.º Consiste en sentir satisfacción de que los demás conozcan nuestros defectos, a fin de tener ocasión de mantener-

(1) Saturabitur opprobriis (Thren., III, 30).

(2) Et illi quidem ibant gaudentes a conspectu concilii, quoniam digni habiti sunt pro nomine Iesu contumeliam pati (Act., V, 41).

(3) Ioan., XV, 5.

(4) Nemo potest dicere, Dominus Iesus, nisi in Spiritu Sancto (I Cor., XII, 3).



nos en nuestra insignificancia ; 3.º, en ver con gusto que los demás nos aventajen en riquezas, en talento, en virtud, o en cualquier otra cosa ; en someternos a la voluntad o al juicio ajenos, siempre que ello no sea contra conciencia. Sí, H. M., la persona verdaderamente humilde debe semejar un muerto, que no se enoja por las injurias que se le infieren, ni se alegra de las alabanzas que se le tributan.

En esto consiste, H. M., poseer la humildad cristiana, la cual tan agradables nos hace a Dios y tan apreciables a los ojos del prójimo. Considerad ahora si la tenéis o no. Y si desgraciadamente no la poseéis, no os queda otro camino, para salvaros, que pedirla a Dios hasta obtenerla ; ya que sin ella no entraríamos en el cielo. Leemos en la vida de San Elzear que, habiendo corrido el peligro de perecer engullido por el mar junto con todos los que se hallaban con él en el barco, pasado ya el peligro, Santa Delfina, su esposa, le preguntó si había tenido miedo. Y el Santo contestó : «Cuando me hallo en peligro semejante, me encomiendo a Dios junto con todos los que conmigo se hallan ; y le pido que, si alguien debe morir, éste sea yo, como el más miserable y el más indigno de vivir» (1). ¡ Cuánta humildad !... San Bernardo estaba tan persuadido de su insignificancia, que, al entrar en una ciudad, hincábase antes de hinojos, pidiendo á Dios que no castigase a la ciudad por causa de sus pecados ; pues se creía capaz de atraer la maldición de Dios sobre aquel lugar (2). ¡ Cuánta humildad, H. M. ! ¡ Un Santo tan grande cuya vida era una cadena de milagros ! (3).

Es preciso, H. M., que, si queremos que nuestras obras sean premiadas en el cielo, vayan todas ellas

---

(1) V. Ribadencyra, 27 septiembre, t. IX, p. 399.

(2) Refiérese lo mismo de Santo Domingo.

(3) Ejemplo : Rodríguez, tomo IV, págs. 483 y 365. (Nota del Santo).

acompañadas de la humildad (1). Al orar, ¿poseéis aquella humildad que os hace consideraros como miserables e indignos de estar en la santa presencia de Dios? ¡Ah! si fuese así, no haríais vuestras oraciones vistiéndoos o trabajando. No, no la tenéis. Si fueseis humildes, ¡con qué reverencia, con qué modestia, con qué santo temor estaríais en la Santa Misa! ¡Ah! no, no se os vería reír, conversar, volver la cabeza, pasear vuestra mirada por el templo, dormir, orar sin devoción, sin amor de Dios. Lejos de hallar largas las ceremonias y funciones, os sabría mal el término de ellas, y pensaríais en la grandeza de la misericordia de Dios al sufiros entre los fieles, cuando por vuestros pecados merecáis estar entre los réprobos. Si tuvieseis esta virtud, al pedir a Dios alguna gracia, haríais como la Cananea, que se postró de hinojos ante el Salvador, en presencia de todo el mundo (2); como Magdalena, que besó los pies de Jesús en medio de una numerosa reunión (3). Si fueseis humildes, haríais como aquella mujer que hacía doce años que padecía flujo de sangre y acudió con tanta humildad a postrarse a los pies del Salvador, a fin de conseguir tocar el extremo de su manto (4). ¡Si tuvieseis la humildad de un San Pablo, quien, aun después de ser arrebatado hasta el tercer cielo (5), sólo se tenía por un aborto del infierno, el último de los apóstoles, indigno del nombre que llevaba!... (6). ¡Oh Dios mío! ¡cuán hermosa, pero cuán rara es esta virtud!... Si tuvieseis esta virtud, H. M., al confesaros, ¡ah! ¡cuán lejos andaríaís de ocultar vuestros pecados, de referirlos como una his-

---

(1) Ejemplo de la emperatriz que fué arrastrada por sus criados (Nota del Santo).

(2) Matth., XV, 25.

(3) Luc., VII, 38.

(4) Marc., V, 25.

(5) II Cor., XII, 2.

(6) I Cor., XV, 8-9.

toria de pasatiempo y, sobre todo, de relatar los pecados de los demás ! ¡ Ah ! ¿ cuál sería vuestro temor al ver la magnitud de vuestros pecados, los ultrajes inferidos a Dios, y al ver, por otro lado, la caridad que muestra al perdonaros ? ¡ Dios mío ! ¿ no moriríais de dolor y de agradecimiento ?... Si, después de haberos confesado, tuvieseis aquella humildad de que habla San Juan Clímaco (1), el cual nos cuenta que, yendo a visitar un cierto monasterio, vió allí a unos religiosos tan humildes, tan humillados y tan mortificados, y que sentían de tal manera el peso de sus pecados, que el rumor de sus gritos, y las preces que elevaban a Dios Nuestro Señor eran capaces de conmover a corazones tan duros como la piedra. Algunos había que estaban enteramente cubiertos de llagas, de las cuales manaba un hedor insoportable ; y tenían tan poco atendido su cuerpo, que no les quedaba sino la piel adherida al hueso. El monasterio resonaba con gritos los más desgarradores. « ¡ Ah, desgraciados de nosotros miserables ! ¡ Sin faltar a la justicia, oh Señor, podéis precipitarnos en los infiernos ! » Otros exclamaban : « ¡ Ah ! Señor, perdonadnos si es que nuestras almas son aún capaces de perdón ! » Tenían siempre ante sus ojos la imagen de la muerte, y se decían unos a otros : « ¿ Qué será de nosotros después de haber tenido la desgracia de ofender a un Dios tan bueno ? ¿ Podremos todavía abrigar alguna esperanza para el día de las venganzas ? » Otros pedían ser arrojados al río para ser comidos de las bestias. Al ver el superior a San Juan Clímaco, le dijo : « ¡ Ah ! Padre mío, ¿ habéis visto a nuestros soldados ? » Nos dice San Juan Clímaco que no pudo allí hablar ni rezar : pues los gritos de aquellos penitentes, tan profundamente humillados, arrancábanle lágrimas y sollozos sin que en manera alguna pudiera

---

(1) *La Escala Santa*, grado quinto.

contenerse. ¿De dónde proviene, H. M., que nosotros, siendo mucho más culpables, carezcamos enteramente de humildad? ¡Ay! ¡porque no nos conocemos!

II. — Sí, H. M., al cristiano que bien se conozca, todo debe inclinarse a ser humilde, y especialmente estas tres cosas, a saber: la consideración de las grandezas de Dios, el anonadamiento de Jesucristo, y nuestra propia miseria. 1.º ¿Quién podrá, H. M., contemplar la grandeza de un Dios, sin anonadarse en su presencia, pensando que con una sola palabra ha creado el cielo de la nada, y que una sola mirada suya podría aniquilarlo? ¡Un Dios tan grande, cuyo poder no tiene límites, un Dios lleno de toda suerte de perfecciones, un Dios de una eternidad sin fin, con la magnitud de su justicia, con su providencia que tan sabiamente lo gobierna todo y que con tanta diligencia provee a todas nuestras necesidades! ¡Oh Dios mío! ¿no deberíamos temer, con mucho mayor razón que San Martín, que la tierra se abriese bajo nuestros pies por ser indignos de vivir? Ante esta consideración, H. M., ¿no haríais como aquella gran penitente de la cual se habla en la vida de San Pafnucio? (1) Aquel buen anciano, dice el autor de su vida, quedó en extremo sorprendido, cuando, al conversar con aquella pecadora, la oyó hablar de Dios. El santo abad le dijo: «¿Ya sabes que hay un Dios?» — «Sí, dijo ella; y aun más, sé que hay un reino de los cielos para aquellos que viven según sus mandamientos, y un infierno donde serán arrojados los malvados para abrasarse allí». — «Si conoces todo esto, ¿cómo te expones a abrasarte en el infierno, causando la perdición de tantas almas?» Al oír estas palabras, la pecadora conoció que era un hom-

---

(1) *Vida de los Padres del desierto* t. 1.º, p. 212. San Pafnucio y Santa Thais.

bre enviado de Dios, se arrojó a sus pies y, deshaciéndose en lágrimas : «Padre mío, le dijo, imponedme la penitencia que queráis, y yo la cumpliré». El anciano la encerró en una celda y le dijo : «Mujer tan criminal como tú has sido, no merece pronunciar el santo nombre de Dios ; te limitarás a volverte hacia el oriente, y dirás por toda oración : ¡ Oh Vos que me creasteis, tened piedad de mí ! » Esta era toda su oración. Santa Thais pasó tres años haciendo esta oración, derramando lágrimas y exhalando amargos sollozos noche y día. ¡ Oh Dios mío ! ¡ cuánto nos hace profundizar en el propio conocimiento la humildad !

2.º Decimos que el anonadamiento de Jesucristo debe humillarnos aún más y más. «Cuando contemplo, nos dice San Agustín, a un Dios que, desde su encarnación hasta la cruz, no hizo otra cosa que llevar una vida de humillaciones e ignominias, un Dios desconocido en la tierra, ¿habré yo de sentir temor de humillarme? Un Dios busca la humillación, ¿y yo, gusano de la tierra, querré ensalzarme? ¡ Dios mío ! dignaos destruir este orgullo que tanto nos aparta de Vos.»

Lo tercero, H. M., que debe conducirnos a la humildad, es nuestra propia miseria. No tenemos más que mirarla algo de cerca, y hallaremos una infinidad de motivos de humillación. Nos dice el profeta Miqueas (1) : «En nosotros mismos llevamos el principio y los motivos de nuestra humillación. ¿No sabemos por ventura, dice, que nuestro origen es la nada, que antes de venir a la vida transcurrieron una infinidad de siglos, y que, por nosotros mismos, nunca habríamos podido salir de aquel espantoso e impenetrable abismo? ¿Podemos ignorar que, aun después de ser creados, conservamos una vehemente inclinación hacia la nada, siendo preciso que la mano poderosa de Aquel que de

---

(1) Esta cita no es del profeta Miqueas.



ella nos sacó, nos impida volver al caos, y que, si Dios dejase de mirarnos y sostenernos, seríamos borrados de la faz de la tierra con la misma rapidez que una brizna de paja es arrastrada por una tempestad furiosa?» ¿Qué es, pues, el hombre para envanecerse de su nacimiento y de sus demás cualidades? «¡Ay!, nos dice el santo varón Job, ¿qué es lo que somos? inmundicia antes de nacer, miseria al venir al mundo, infección cuando salimos de él. Nacemos de mujer, nos dice (1), y vivimos breve tiempo; durante nuestra vida, por corta que sea, mucho hemos de llorar, y la muerte no tarda en herirnos». — «Tal es nuestra herencia, nos dice San Gregorio, Papa; juzgad, según esto, si tenemos lugar a ensalzarnos por nada del mundo; así es que quien temerariamente se atreve a creer que es algo, resulta ser un insensato que jamás se conoció a sí mismo, puesto que, conociéndonos tal cual somos, sólo horror podemos sentir de nosotros mismos».

Pero no son menos los motivos que tenemos de humillarnos en el orden de la gracia. Por grandes talentos y dones que poseamos, hemos de pensar que todos nos vienen de la mano del Señor, que los da a quien le place, y, por consiguiente, no nos podemos alabar de ellos. Un concilio ha declarado que el hombre, lejos de ser el autor de su salvación, sólo es capaz de perderse, ya que de sí mismo sólo tiene el pecado y la mentira. San Agustín nos dice que toda nuestra ciencia consiste en saber que nada somos, y que todo cuanto tenemos, de Dios lo hemos recibido.

Finalmente, digo que debemos humillarnos considerando la gloria y la felicidad que esperamos en la otra vida, pues, de nosotros mismos, somos incapaces de merecerla. Siendo Dios tan magnánimo al concedérsela, no hemos de confiar sino en su misericordia y

---

(1) Job, XIV, 1.

en los infinitos méritos de Jesucristo su Hijo. Como hijos de Adán, sólo merecemos el infierno. ¡ Oh ! ¡ cuán caritativo es Dios al permitirnos tener esperanza de tantos y tan grandes bienes, a nosotros que nada hicimos para merecerlos !

¿ Qué hemos de concluir de todo esto ? Vedlo aquí, H. M. : todos los días hemos de pedir a Dios la humildad, esto es, que nos conceda la gracia de conocer nuestra nada, que de nosotros mismos nada tenemos, que los bienes que poseemos, tanto del cuerpo, como del alma, nos vienen todos de El... Practiquemos la humildad cuantas veces nos sea posible ;... quedemos bien persuadidos de que no hay virtud más agradable a Dios que la humildad, y de que con ella obtendremos todas las demás. Por muchos que sean los pecados que pesen sobre nuestra conciencia, estemos seguros de que, con la humildad, Dios nos perdonará. Sí, H. M., cobremos afición a esa virtud tan hermosa ; ella será la que nos unirá con Dios, la que nos hará vivir en paz con el prójimo, la que aligerará nuestras cruces, la que mantendrá nuestra esperanza de ver otro día a Dios. El mismo nos lo dice : « Bienaventurados los pobres de espíritu, pues ellos verán a Dios ! » (1). Esto es lo que os deseo.

---

(1) Matth., V, 3.

# DOMINGO DÉCIMOSÉPTIMO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

## SOBRE LA PUREZA

*Beati mundo corde, quoniam ipsi  
Deum videbunt.*

Bienaventurados los que tienen  
un corazón puro, pues ellos verán  
a Dios.

(S. Mateo, V, 8.)

Leemos en el Evangelio que, queriendo Jesucristo instruir al pueblo que acudía en masa a fin de conocer lo que hay que practicar para alcanzar la vida eterna, sentóse, y tomando la palabra, dijo: «Bienaventurados los que tienen un corazón puro, pues ellos verán a Dios». Si tuviésemos un gran deseo de ver a Dios, H. M., estas solas palabras deberían darnos a entender cuán agradables nos hace a El la virtud de la pureza, y cuán necesaria sea esta virtud; puesto que, según nos dice el mismo Jesucristo, sin ella nunca conseguiríamos verle. «Bienaventurados, nos dice Jesucristo, los que tienen un corazón puro, pues ellos verán a Dios». ¿Puede esperarse mayor recompensa que la que Jesucristo vincula en esa hermosa y amable virtud, a saber, la eterna compañía de las tres personas de la Santísima Trinidad?... San Pablo, que conocía todo su valor, escribiendo a los de Corinto, les dijo: «Glorificad a Dios, pues le lleváis en vuestros cuerpos; y permaneced fieles conservándolos en una gran pureza. Acordaos siempre, hijos míos, de que vuestros miem-

bro son los miembros de Jesucristo, de que vuestros corazones son templos del Espíritu Santo. Andad con gran cuidado en no ensuciarlos con el pecado, que es el adulterio, la fornicación y todo cuanto puede deshonrar vuestro corazón y vuestro cuerpo a los ojos de un Dios que es la misma pureza» (1). ¡ Oh ! H. M., cuán preciosa y bella es esta virtud, no sólo a los ojos de los ángeles y de los hombres, sino también a los del mismo Dios. La tiene El en tanta estima, que no cesa de hacer su elogio en cuantos tienen la dicha de conservarla. Esa hermosa virtud es el adorno más preclaro de la Iglesia, y, por consiguiente, debiera ser la más apreciada de los cristianos. Nosotros, H. M., que en el santo Bautismo fuimos rociados con la sangre adorable de Jesucristo, la pureza misma ; con esa Sangre adorable que tantas vírgenes ha engendrado de uno y otro sexo (2) ; nosotros a quienes Jesucristo ha hecho participantes de su pureza convirtiéndonos en miembros y templos suyos... Mas ¡ ay ! H. M., en el desgraciado siglo de corrupción en que vivimos, ¡ esta virtud celeste, que tanto nos asemeja a los ángeles, no es conocida !... Sí, H. M., la pureza es una virtud que nos es necesaria a todos, ya que sin ella nadie verá a Dios. Quisiera yo ahora haceros concebir de ella una idea digna de Dios, mostrándoos : 1.º cuán agradables nos hace a sus ojos comunicando un nuevo grado de santidad a nuestras acciones, y 2.º, lo que debemos hacer para conservarla.

I. — Para haceros comprender la estima en que hemos de tener esa incomparable virtud, para daros ahora la descripción de su hermosura, y hacer que apreciaseis su valor ante el mismo Dios, sería necesario que os

(1) I Cor., VI, 15-20.

(2) *Fru mentum electorum, et vinum germinans virgines* (Zac., IX, 17).



hablase, no un hombre mortal, sino un ángel del cielo. Al oírle, diríais admirados : ¿Cómo es posible que no estén todos los hombres prestos a sacrificarlo todo antes que perder una virtud que de una manera tan íntima nos une con Dios? Probemos, sin embargo, de formarnos algún concepto de ella considerando que dicha virtud viene de lo alto, que hace bajar a Jesucristo sobre la tierra, y eleva al hombre hasta el cielo por la semejanza que le comunica con los ángeles y con el mismo Jesucristo. Decidme, H. M., según esto, ¿no merece tal virtud el título de *preciosa*? ¿No es ella digna de toda estima y de que hagamos todos los sacrificios para conservarla?

Decimos que la pureza viene del cielo, pues sólo Jesucristo era capaz de dárnosla a conocer y hacernos apreciar todo su valor. Nos dejó prodigiosos ejemplos de la estima en que tuvo a esa virtud. Al determinar, en su inmensa misericordia, redimir al mundo, tomó un cuerpo mortal como el nuestro ; pero quiso escoger a una virgen por madre. ¿Quién fué esa incomparable criatura? Fué María, la más pura entre todas las criaturas, la cual, por una gracia singular no concedida a otra alguna, estuvo exenta del pecado original. Desde la edad de tres años, consagró su virginidad a Dios, ofreciéndole su cuerpo y su alma, presentándole el sacrificio más santo, más puro y el más agradable que jamás haya recibido Dios de una criatura terrena. Mantúvose en una fidelidad inviolable, guardando su pureza y evitando todo cuanto pudiese tan sólo empañar su brillo. Tenía la Santísima Virgen esa virtud en tanta estima, que no quiso consentir en ser Madre de Dios antes que el ángel le diese seguridad de que no la había de perder. Mas en cuanto el ángel le anunció que, al ser Madre de Dios, lejos de perder o empañar su pureza, de la cual tanta estima hacía, sería aún más agradable a Dios, consintió gustosa, a fin de dar nuevo esplendor a aque-

lla angelical virtud (1). Vemos también que Jesucristo escogió un padre nutricio pobre, es verdad; mas quiso que su pureza sobrepujase a la de las demás criaturas, excepto la de la Virgen. Entre los discípulos distinguió a uno, al cual testimonió una amistad y una confianza singulares, y le hizo participante de grandes secretos; pero escogió al más puro de todos, el cual estaba consagrado a Dios desde su juventud.

Dice San Ambrosio que la pureza nos eleva hasta el cielo y nos hace dejar la tierra en cuanto le es posible hacerlo a una criatura. Nos levanta por encima de la criatura corrompida, y, por los sentimientos y deseos que inspira, nos hace vivir la vida de los ángeles. Según San Juan Crisóstomo, la castidad de un alma es de mayor precio a los ojos de Dios que la de los ángeles, ya que los cristianos sólo pueden adquirir esta virtud luchando, mientras que los ángeles la tienen por naturaleza; los ángeles no deben luchar para conservarla, al paso que el cristiano se ve obligado a mantener consigo mismo una guerra constante. Y San Cipriano añade que, no solamente la castidad nos hace semejantes a los ángeles, sino que además nos da un rasgo de semejanza con el mismo Jesucristo. Sí, nos dice aquel gran Santo, el alma casta es una viva imagen de Dios en la tierra.

Cuanto más un alma se desprende de sí misma por la resistencia a las pasiones, más también se acerca a Dios y, por un venturoso retorno, más íntimamente se une Dios a ella: contéplala, y la considera como su amantísima esposa; la hace objeto de sus más dulces complacencias, y establece en su corazón su perpetua morada. «Felices, nos dice el Salvador, los que tienen el corazón puro, pues ellos verán a Dios» (2). Según San Basilio, cuando en un alma hallamos la castidad,

---

(1) Luc., I.

(2) Matth., V, 8.

descubrimos también todas las demás virtudes cristianas; las cuales practicará entonces muy fácilmente, «pues, nos dice, para ser casta, debe imponerse grandes sacrificios y hacerse mucha violencia. Pero, una vez ha logrado tales victorias del demonio, la carne y la sangre, poca dificultad le ofrece lo demás; ya que el alma que domina con energía este cuerpo sensual, vence con facilidad cuantos obstáculos encuentra en el camino de la virtud». Por lo cual, vemos, H. M., que los cristianos castos son los más perfectos. Vémoslos reservados en sus palabras, modestos en el andar, sobrios en la comida, respetuosos en los lugares sagrados y edificantes en todo su comportamiento. San Agustín compara los que tienen la gran dicha de conservar puro su corazón con los lirios, que crecen derechos hacia el cielo y embalsaman el ambiente que los rodea con un aroma exquisito y agradable; con sólo verlos, nos evocan ya esa preciosa virtud. Así la Santísima Virgen inspiraba la pureza a cuantos la veían...; Dichosa virtud, H. M., que nos pone al nivel de los ángeles, y parece elevarnos hasta por encima de ellos! Todos los santos la tuvieron en mucho, prefiriendo perder sus bienes, su fama y su misma vida antes que empañarla.

Tenemos de ello un admirable ejemplo en la persona de Santa Inés. Su belleza y sus riquezas fueron causa de que, a la edad de doce años, fuese pretendida por el hijo del prefecto de la ciudad de Roma. Ella le dió a entender que estaba consagrada a Dios. Entonces la prendieron, bajo el pretexto de que era cristiana, mas, en realidad, para que consintiese a los deseos de aquel joven... Pero ella estaba tan firmemente unida a Dios que ni las promesas, ni las amenazas, ni la vista de los verdugos y de los instrumentos expuestos en su presencia para amedrentarla, no consiguieron hacerla cambiar de sentimientos. Viendo sus perseguidores que nada podían obtener de la Santa, la cargaron de cade-

nas, y quisieron ponerle una argolla y varios anillos en la cabeza y en las manos ; pero tan débiles eran aquellas pequeñas e inocentes manos, que sus verdugos no pudieron lograr su propósito. Permaneció firme en su resolución y, en medio de aquellos lobos rabiosos, ofreció su cuerpecito a los tormentos con una decisión que admiró a los mismos atormentadores. La llevaron arrastrándola a los pies de los ídolos, mas ella declaró públicamente que sólo reconocía a Jesucristo, y que aquellos ídolos eran demonios. El juez, bárbaro y cruel, viendo que nada podía conseguir, pensó que sería más sensible ante la pérdida de aquella pureza de la cual hacía tanta estima. La amenazó con hacerla exponer en un infame lupanar ; mas ella le respondió con firmeza : «Podréis muy bien darme muerte ; pero jamás podréis hacerme perder este tesoro ; pues Jesucristo mismo es su más celoso guardián». El juez, lleno de rabia, hízola conducir a aquel lugar de *infernales inmundicias*. Mas Jesucristo, que la protegía de una manera muy particular, inspiró tan grande respeto a los guardias, que sólo se atrevían a mirarla con una especie de espanto, y al mismo tiempo confió su custodia a uno de sus ángeles. Los jóvenes, que entraban en aquel recinto abrasados en impuro fuego, al ver, al lado de la doncella, a un ángel más hermoso que el sol, salían abrasados en amor divino. Pero el hijo del prefecto, más corrompido y malvado que los otros, se atrevió a penetrar en el cuarto donde se hallaba Santa Inés. Sin hacer caso de aquellas maravillas, acercóse a ella con la esperanza de satisfacer sus impuros deseos ; mas el ángel que custodiaba a la joven mártir hirió al libertino, el cual cayó muerto a sus pies. Al momento divulgóse por toda la ciudad de Roma la noticia de que el hijo del prefecto había recibido la muerte de manos de Inés. El padre, lleno de furor, fué al encuentro de la Santa, y se entregó a todo cuanto la desesperación podía inspirarle. Llamóla



*furia del infierno, monstruo nacido* para llevar la desolación a su vida, pues había dado muerte a su hijo. Entonces Santa Inés contestó tranquilamente: «Es que quería hacerme violencia, y entonces mi ángel le dió muerte». El prefecto, algo más calmado, le dijo: «Pues ruega a tu Dios que le resucite, para que no se diga que tú le has dado muerte». — «Es innegable que no merecéis esta gracia, dijo la Santa; mas, para que sepáis que los cristianos no se vengan nunca, antes al contrario vuelven bien por mal, salid de aquí, y voy a rogar a Dios por él.» Entonces prosternóse Inés, la faz en tierra. Mientras estaba orando, se le apareció el ángel y le dijo: «Ten valor». Al momento aquel cuerpo inanimado recobró la vida. Aquel joven, resucitado por las oraciones de la Santa, sale de aquella casa y recorre las calles de Roma clamando: «No, no, amigos míos, no hay otro Dios que el de los cristianos; todos los dioses que nosotros adoramos no son más que demonios engañadores que nos arrastran al infierno». Sin embargo, a pesar de aquel gran milagro, no dejaron de condenarla a muerte. El lugarteniente del prefecto ordenó encender una gran hoguera, en la cual hizo arrojar a la Santa. Mas las llamas se abrieron sin dañar a Inés, y en cambio, quemaron a los idólatras que habían acudido a aquel lugar para presenciar tales tormentos. Viendo el lugarteniente que el fuego la respetaba y no le causaba daño alguno, ordenó degollarla con la espada, a fin de quitarle de una vez la vida; mas el verdugo púsose a temblar, como si él fuese el condenado a muerte... Como, después de su muerte, sus padres lloraban su pérdida, aparecióseles y les dijo: «No lloréis mi muerte; al contrario, alegraos de que haya yo alcanzado un tal grado de gloria en el cielo» (1).

Ya veis, H. M., cuánto sufrió aquella Santa para

(1) Ribadencyra, 21 enero.

no perder su virginidad. Ahora os podéis formar cargo de lo estimable que es la pureza, y de lo que agrada a Dios cuando así se complace en obrar grandes milagros a fin de mostrarse su guardián y protector. Este ejemplo confundirá un día a aquellos jóvenes que tan poca estima hicieron de esa virtud. Nunca conocieron su valor. Razón tiene el Espíritu Santo para exclamar : « ¡ Oh ! ¡ cuán bella es esa generación casta ; su memoria es eterna, y su gloria brilla ante los hombres y ante los ángeles ! » (1). Es innegable, H. M., que todo ser ama a sus semejantes ; por lo cual, los ángeles, que son espíritus puros, aman y protegen de una manera especial a las almas que imitan su pureza. Leemos en la Escritura Santa (2) que el ángel Rafael, acompañando al joven Tobías, le protegió con mil favores. Preservóle de ser devorado por un pez, de ser estrangulado por el demonio. Si el joven aquel no hubiese sido casto, ciertamente que el ángel no le hubiera acompañado y, por lo tanto, no le habría protegido en aquellos trances. ¡ Cuánto es el gozo que experimenta el ángel custodio de un alma pura !

No hay virtud para la conservación de la cual haga Dios tantos milagros como los que ejecuta para favorecer a la persona que, conociendo el valor de la pureza, se esfuerza en conservarla. Mirad lo que hizo por Santa Cecilia. Nacida en Roma de padres muy ricos, estaba perfectamente instruída en la religión cristiana, y, siguiendo las inspiraciones de Dios, le consagró su virginidad. Ignorándolo sus padres, la prometieron en matrimonio a Valeriano, hijo de un senador de la ciudad. A los ojos del mundo era, pues, aquel matrimonio un gran partido. No obstante, ella

---

(1) *O quam pulchra est casta generatio cum claritate : immortalis est enim memoria illius : quoniam et apud Deum nota est, et apud homines* (Sap., IV, 1).

(2) Tob., V-VIII.

pidió a sus padres tiempo para reflexionar. Pasó muchos días ayunando, orando y llorando, para obtener de Dios la gracia de no perder la flor de aquella virtud a la que amaba más que a su propia vida. Díjole el Señor que nada temiese, y que obedeciese a sus padres; pues no solamente no perdería aquella virtud, sino que aun obtendría... Consintió, pues, en el matrimonio. El día de las bodas, al hallarse en compañía de Valeriano, le dijo ella: «Querido Valeriano, tengo un secreto que comunicarte».—Respondióle éste: «¿Cuál es ese secreto?»—«He consagrado a Dios mi virginidad, por lo cual jamás hombre alguno podrá acercarse a mí, pues tengo un ángel que protege mi pureza; si te acercases, hallarías la muerte». — Valeriano quedó muy sorprendido al oír todo aquello, pues, pagano como era, no entendía aquel lenguaje. Y contestó así: «Muéstrame el ángel que te protege». Replicó la Santa: «Tú no lo puedes ver, porque eres pagano. Ve de mi parte a hablar al Papa Urbano, pídele el bautismo, y al momento verás el ángel». Partió Valeriano al momento. Una vez bautizado por el Papa Urbano, fué otra vez al encuentro de su esposa. Al entrar en la habitación, vió efectivamente al ángel custodiando a Santa Cecilia. Hallóle tan bello y radiante de gloria, que quedó prendado de su hermosura; y no solamente permitió a su esposa permanecer consagrada a Dios, sino que hizo él mismo voto de virginidad... Uno y otro alcanzaron pronto la dicha de morir mártires (1). ¿Veis, pues, de qué manera protege Dios a la persona que ama esa virtud y trabaja por conservarla?

Leemos en la vida de San Edmundo (2) que, estudiando dicho santo en París, hallóse en compañía de ciertas personas que hablaban torpemente; y las dejó

(1) Ribadeneira, 22 noviembre.

(2) Ribadeneira, 16 noviembre. San Edmundo o Edmé, arzobispo de Cantorbery.